Domingo 16 de febrero de 1992

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

BRET EASTON ELLIS Y SU "AMERICAN PSYCHO"

EL SIMPLE ARTE DE MATAR

¿Aberración de la naturaleza o implacable obra maestra de la literatura contemporánea? ¿Despiadado análisis del paisaje yuppie o capricho oportunista de una mente enferma? Patrick Bateman —dedicado psicópata norteamericano— llegó, vendió y agotó en Argentina. Los escritores Norman Mailer y Osvaldo Soriano analizan los modales de alguien que —para bien o para mal, narrador o personaje— es una inequívoca criatura de nuestros tiempos. (Págs. 2, 3 y 8.)

"AMERICAN PSYCHO", SEGUN NORMAN MAILER

¿Quién mejor que Norman Mailer —el psicópata original de las letras norteamericanas— para juzgar el libro/monstruo más comentado de los últimos tiempos? En un ensayo publicado originalmente en el mensuario "Vanity Fair", Mailer —quien supo hacer lo suyo con la publicación de "An American Dream", novela con más de una aberración en común con "American Psycho"— delimita el obsesivo mapa de una posible Gran Novela Americana para concluir que "no puedo perdonar a Bret Easton Ellis".

NORMAN MAILER

Los comunistas —dice al guien en una fiesta literaria— tuvieron al menos la decencia de jubilarse luego de setenta años. El capitalismo va a durar setecientos, y antes de que termine ya no quedará nada."

Si hay algo real en *American Psycho*, de Bret Easton Ellis —vale decir: si el libro proporciona pistas acerca de cierta enfermedad del espíritu—, entonces no es muy probable que el capitalismo alcance su septigentésimo aniversario, porque esta novela invierte los valores de *La hoguera de las vanidades*. Mientras que *La hoguera...* debió parte de su éxito al consuelo que le ofrecía a los ricos —"Puede que ustedes sean estúpidos", Wolfe estaba de hecho diciendo "pero creánme que los de abajo son muchísimo más estúpidos"—, la novela de Ellis da vuelta los términos de la ecuación. Soy incapaz de recordar otro libro americano que describa una clase dominante tan odiosa, o lo que es peor: una joven clase dominante, compuesta por principitos de Wall Street, que presumiblemente en el siglo XXI estarán listos para manejar los poderosos aunque surrealistas engranajes de nuestra economía.

Es obvio que estamos frente a una pila radiactiva. Cancelada por Simon & Schuster dos meses antes de su publicación, con lo que la editorial perdió un anticipo de 300.000 dólares, adquirida casi de inmedito por Vintage Books y comentada en todos los medios como anticipo de Navidad, estamos ante una obra que no contiene una o dos, sino veinte o treinta escenas de tortura lisa y llana. Sin embargo no es imposible que el autor tenga el suficiente talento como para ser tomado en serio. ¡Ojalá careciese de talento! Uno no desea que lo pesquen defendiendo *American Psycho*.

Los temas transcurren con pequeñas variaciones. Pasamos de reuniones en la oficina (donde nunca se hacen negocios) a los aparatos y pesas del gimnasio, a Nell's, a viajes en taxi, a más descripciones de ropa, muebles, accesorios, cosméticos, a llamadas simultáneas de varias personas para asegurar una reserva de restaurante, a conocidos que siempre equivocan el nombre del otro, a tiendas de video y programas de TV. Hemos atravesado casi la tercera parte de una interminable guía sobre los artefactos de la vida en Nueva York, una especie de sueño en que el aire que inhalamos resulta insuficiente y la narración no avanza porque no hay narración. La vida en Nueva York que presentan esas páginas es circular, los movimientos de las personas pasos en el patio de la cárcel. Bateman está viviendo en un infierno que no le es exterior, de modo que toda la existencia es un infierno. De los codiciosos antros del cosmos urbano, como criaturas de la cloaca, emergen los avisos publicitarios. Uno sigue leyendo, adicto a un vicio que no ofrece placer alguno. Uno quisiera dejar el libro. Es aburrido e intolerable, son los peores y más tediosos personajes que un autor talentoso nos haya presentado en mucho tiempo, pero no conseguimos abandonar la lectura.
La obra obsesiona,
no podemos,
o al menos no podemos aún, responder a la pregunta: ¿hay arte o no en *American Psycho*? Uno debe seguir leyendo para averiguarlo. La novela no está tan bien escrita como para que el arte se vuelva palpable, se haga evidente pese a todo, pero tampoco está tan mal escrita como para que se la pueda abandonar con la conciencia limpia. El primer tercio de esta narración carente de narración transmite un ahogo semejante al de atravesar uno de esos agostos neoyorquinos en que el cielo jamás está despejado pero la lluvia nunca llega.

Entonces comienzan los crímenes. No son dramáticos. Son episódicos. Bateman mata hombres, mujeres, niños o perros y se deshace de los cadáveres empleando métodos de lo más casuales. Ha penetrado el núcleo de indiferencia de Nueva York. Comienza el humor; el público cinematográfico se reirá con toda la histeria de la que es capaz mientras Bateman pone un cadáver dentro de una bolsa de dormir, lo arrastra frente a las narices de su portero, para un taxi, se detiene frente a un edificio donde posee un departamento que le sirve de cementerio privado, carga el cadáver cuatro pisos por escalera y lo deja caer en una bañera llena de cal viva. A las partes menores del cuerpo las deja pudrirse en el otro departamento, entre el piano de cola y los ceniceros de Fortunoff. Ante sus visitas, se disculpa por el

LA DIFERENCIA ENTRE LO BUENO Y LO GRANDE



aire enrarecido sugiriendo que no alcanza a detectar exactamente dónde murió la rata. Con la ropa ensangrentada hace un paquete que lleva a una tintorería china. Unos días más tarde, maldecirá a los dueños del negocio por no dejarle el traje inmaculadamente limpio. Los dueños saben que esas manchas inmutables son de sangre, ¿pero quién va a discutir el asunto? Quien discute con un extraño en Nueva York se arriesga a que lo maten.

Otra vez la pregunta, entonces: ¿qué es el arte? ¿Qué tiene el arte de tanta importancia que justifique que tengamos que tolerar un libro como éste? Y la respuesta conduce a la noción de que sin arte serio el mundo está condenado.

Se trata de sentimientos amplios, sí, pero vivimos en un mundo al que la mesura espiritual —si puede haber tal mesura— podría hacer peor que todos los mundos anteriores. Las atrocidades, la injusticia, la violación de la naturaleza nos han acompañado siempre, normalmente a través de enormes estructuras de fe que dan un punto de vista al horror que sentimos ante lo que somos. La mayor parte de nosotros cree en el catolicismo, o en el marxismo, o en el baptismo, o en la ciencia, o en la familia norteamericana, o en Alá, o en la utopía, o en el sindicalismo, o en la sinagoga, o en la bondad del presidente de Estados Unidos. Llegados a este punto, todos nosotros sabemos que algunas indefinibles partes del todo no pueden ser alcanzadas por análisis, razonamiento, manipulación legislativa, comisiones, pericia, antecedentes, reglas prácticas aprendidas con esfuerzo ni efectiva corrupción policial. Advertimos con toda claridad que los viejos métodos no son suficientes, si alguna vez lo fueron. Las peroratas de los gerentes (que todas las noches y todos los domingos por la mañana se pueden escuchar por TV) ahora pertenecen a una ideología restringida, una jerga que no se aproxima a nuestra experiencia, y en particular a nuestra experiencia espiritual: nuestra sospecha de que hay una vía de agua en la bodega.

En semejante mundo, el arte se convierte en el último eslabón que une con lo desconocido. Estamos mucho más allá de aquellos tiempos cuando el inglés podía disfrutar durante la semana los despojos que dejaba el trabajo infantil y leer a Jane Austen los fines de semana. El arte ya no es el gran amor sabio, ocurrente, fortificante, tierno, saludablemente apasionado, seguro, creador: no; Jane Austen no está más entre nosotros para ofrecernos bastante más de lo que desorganizaba, ni puede Tolstoi brindarnos todavía (por lo menos como lo hizo en los trabajos de sus comienzos y de su período medio) la idea de que la vida es un todo bien proporcionado al que uno no puede engañar: no; estamos mucho más allá de ese universo moral y el arte se ha convertido en nuestra necesidad de aterrorizarnos. Vivimos en el temor de estar destruyendo el universo, aun cuando más nos internamos en sus secretos. Por eso puede ser que hoy se necesite al arte para que ofrezca esas temibles visiones que la complacencia desasosegada de los líderes se esfuerza denodadamente por omitir. Al arte le toca pegar el salto hacia las verdades de las cuales la sociedad media se aísla. Puesto que las apuestas son cada vez más fuertes, puede que el arte sea para nosotros más importante que lo que nunca fue.

Fantástico, se puede decir, ¿pero qué tiene que ver *American Psycho* con todo esto? ¿Acaso se pretende que eso es arte?

Intentaré unas respuestas en estas líneas: la mayor utilidad del arte para nosotros radica precisamente en que puede alterar nuestro sentido de lo posible cuando descubrimos que sabemos más de lo que sabíamos antes, cuando sentimos que hemos encontrado —como si hubiéramos pegado un salto— la verdad. Eso siempre vale el dolor que cuesta, en la lógica del arte. Si nuestros miedos dominan nuestras vidas, entonces el miedo a la violencia domina nuestras vidas. No obstante, sabemos poco más que nada sobre la violencia, más allá de cuánta hayamos visto o cuánta hayamos convivido. La violencia en las películas no nos dice nada: sabemos que se trata de efectos especiales.

Lo más valioso, entonces, podría ser una novela sobre un asesino en serie, dado que podríamos aprender algo que no sabíamos antes. La ficción puede servir para hacer un reconocimiento de todas esas junglas y todos esos precipicios del comportamiento humano que la psiquiatría, la historia, la teología y la sociología no pueden explorar por estar demasiado intelectualmente encumbradas. Además se supone que la ficción puede devolver con vida toda esa experiencia prohibida o indisponible: la ficción puede imaginar los últimos pensamientos de una mujer o un hombre, mientras la medicina no puede ofrecer más que un sedante terminal. En consecuencia, la novela de Ellis no puede ser descalificada únicamente a través de una descripción simplista de sus contenidos, sin que importe cuán horrendos sean los extractos. Lo bueno es enemigo de lo grande, y el buen gusto es ciertamente el adversario mejor atrincherado de la literatura. Ellis tiene un derecho literario implícito —obtenido por los logros de cada uno de los novelistas importantes y aventureros que escribieron antes que él— a escribir sobre cualquier tema, pero cuanto más se arriesgue, más deberá devolver o se le filtrará el único capital que tenemos y que es nuestra libertad literaria.

Hay que hacer, entonces, un inventario de este libro de horrores. Implica una tesis: *American Psycho* afirma que los '80 fueron espiritualmente desagradables, y la fórmula que utiliza el autor es la cristalización de ese horror. Cuando toda una nueva clase florece tras la habilidad de hacer dinero con la manipulación del dinero y se obsesiona completamente por la superficie de las cosas —esto es, por las comodidades lujosas, la comida, la apariencia—, entonces, en efecto —dice Ellis—, hemos ingresado en un período de manipulación absoluta del hombre por el hombre, y su correlación objetiva es el asesinato a sangre fría. Ahora el asesinato es un aserradero donde las personas pueden se tratadas con la misma falta de respeto que si fueran árboles (y gritan en proporción: las principales herramientas de despacho que utiliza Bateman son cuchillos, sierras, pinzas).

Pero una tesis tan enorme le queda grande al texto: nada inferior a una gran novela puede sostener una gran —si no monstruosa— tesis. Una buena novela con un tema mayor puede ser atropellada sólo por el peso mismo de lo que lleva. La prueba de *American Psycho* consiste en ver si podemos creer el cuento. Por supuesto que es una comedia negra, pero incluso las comedias negras necesitan de una lógica interna. Si podemos aceptar como idea que el aire político se volvió flatulento después de ocho años con los resuellos de la chirimía del Flautista de Hamelin, también debemos tomar en consideración la tesis según la cual las manipulaciones desenfrenadas de la década del dinero subvirtieron a la juventud lo suficiente como para producir una generación de yuppies de Wall Street con vidas completamente desorientadas. ¿Pero se sigue que la coronación de esas vidas sin sentido sea esta última expresión, un monstruo total, un Patrick Bateman? ¿Puede emerger únicamente a partir de la insipidez, la codicia y el sinsentido social? No importa si un hombre como él existe en realidad, puesto que todo el mundo sabe que podría haber toda una dotación de Patrick Batemans en Nueva York en este mismo momento.

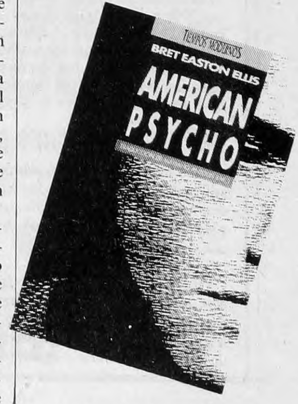
La pregunta no es si Bateman es posible, sino si es aceptable como ficción. ¿Se leen las páginas del libro creyendo que el mismo hombre que circula por los restaurantes y finge trabajar en una oficina, ese ferviente snob con una apariencia tan corriente que la mayoría de sus conocios casuales lo confunden en las fiestas y las discos con otros yuppies que lucen como él, puede ser a la vez el asesino más demente que apareció nunca en las páginas de una novela norteamericana seria? Es necesario que se junten la actividad mundana y lo supersensacional.

Crear un personaje hasta lo íntimo, en particular si se usa la primera persona singular, implica convencer al lector de que el autor es el personaje. La violencia extrema es más fácil de alcanzar desde el exterior, como Bret Easton Ellis eligió hacer, o quizá no pudo hacerlo mejor. La falla de este libro, que a veces promete elevarse hasta el nivel de uno muy bueno —cuando, en realidad, necesita desesperadamente ser uno muy grande—, consiste en que hacia el final no sabemos más sobre la necesidad que tiene Bateman de descuartizar gente que lo que sabemos sobre los pensamientos de un actor-con-cara-de-nada que balancea un hacha enorme en una película sobre la explotación de la madera. Entonces, resulta que la primera novela que aparece, después de muchos años, para tocar temas profundos y dostoievskianos, está escrita por una joven pluma apenas competente y narcisista.

El horror supremo, el verdadero daño intelectual que esta novela puede causar, radica en que puede reforzar la tesis de Hannah Arendt sobre la banalidad del mal. Es la banalidad de Patrick Bateman lo que crea el enganche con el lector y le da fuerza a este trabajo espantoso. Si Hannah Arendt tiene razón y el mal es banal, el asunto se pone bastante peor que cuando se creía en la posibilidad opuesta, en que el mal era satánico. La extensión de la tesis de Arendt lleva a pensar que somos absurdos, que Dios y el demonio no se pelean entre sí por el destino de los humanos. Prefiero creer que el Holocausto fue la peor derrota que Dios sufrió jamás a manos del demonio. Ese pensamiento me ofrece más vida que suponer que muchos de nosotros no somos sino peligrosos, perversos y en absoluto buenos.

En consecuencia, no puedo perdonar a Bret Easton Ellis. Si defiendo al autor cuando me explayo sobre él tan largamente —como lo hago, en efecto—, es porque nos ha forzado a mirar un material intolerable, y pocas novelas lo intentan ya. Sobre esta base, si yo hubiera sido uno de los autores consultados por un editor, hubiera tenido que decir que sí, que publicará el libro no sólo repelente en sí sino que repelerá más crímenes de que los que estimulará. La función de la literatura no es necesariamente ésta, pero en este caso es un factor obvio.

¡Qué trabajo enloquecedor! Es demasiado hueco, en términos humanos, para llamarlo malo; pero lleva la apuesta tan alto que uno se olvida con cuánto se empezó el juego. El juego a ciegas es una actividad hueca, y esta novela se interna en picada hacia el centro de ese espacio vacío.



Best Sellers///

Ficción

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El plan infinito*, por Isabel Allende (Sudamericana, 13,70 pesos). El protagonista, Gregory Reeves, crece en un barrio de inmigrantes ilegales en Los Angeles, pasa por la Universidad de Berkeley en plena efervescencia hippie y logra volver "ileso" de la guerra de Vietnam para descubrir que cayó en una trampa.	2	9
2	*La conspiración del Juicio Final*, por Sidney Sheldon (Emecé, 14 pesos). Los descubrimientos de un oficial que investiga el accidente de un globo meteorológico en los Alpes suizos conforman una historia de amor y suspenso.	3	20
3	*El ojo del samurai*, por Morris West (Vergara, 10,85 pesos). El escritor de best sellers mundiales proyecta a sus personajes en una Unión Soviética devastada que pide ayuda y la trama se desenvuelve en Bangkok entre capitalistas alemanes y japoneses.	1	15
4	*Signos vitales*, por Robin Cook (Emecé, 13,20 pesos). Un nuevo thriller del experto en asuntos médicos. Esta vez Cook trata el tema de la fecundación in vitro a través de Marissa, una profesional que vuela a Australia para quedar embarazada y descubre que su vida —y la de muchas mujeres— peligra.	5	4
5	*Scarlett*, por Alexandra Ripley (Ediciones B, 29,45 pesos). Tómelo o déjelo: Scarlett O'Hara y Rhett Butler se reencuentran en la continuación de *Lo que el viento se llevó*.	4	17
6	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos) La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al Nuevo Mundo como panorámico telón de fondo.	—	14
7	*Como los cuervos*, por Jeffrey Archer (Grijalbo, 16,80 pesos). Charlie Trumper hereda la profesión de vendedor de su abuelo y emprende una exitosa aventura empresarial. Cuando se convierte en el rey del comercio londinense pasa a ser la presa de sus competidores que, como los cuervos, acechan su fracaso.	9	8
8	*El impostor*, por Frederik Forsyth (Emecé, 15 pesos). El autor de *El día del chacal* recuerda los días de la Guerra Fría a través del impostor, una leyenda viviente del espionaje británico que, después de pasar a retiro, decide contar las cuatro misiones más importantes de su carrera.	10	20
9	*El lado de la sombra*, por Adolfo Bioy Casares (Tusquets, 16 pesos). Uno de los mejores libros de cuentos de Bioy, huésped de dos fantasías memorables: *Los afanes* y *El calamar opta por su tinta*.	6	4
10	*El palacio de la luna*, por Paul Auster (Anagrama, 28,30 pesos). Novela consagratoria donde confluyen todos los temas paradigmáticos de Auster: la carretera como modo de vida, la búsqueda del padre y la astuta melange de influencias que incluyen a Kafka, Verne y a una rara estética del folletín con lo metaficcional y lo existencialista.	—	1

Historia, ensayo

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos) ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	1	10
2	*El asedio a la modernidad*, por Juan José Sebreli (Sudamericana, 13,95 pesos). Una revisión crítica de las ideas predominantes en la segunda mitad del siglo XX que comienza con el pensamiento de Nietzsche y desemboca en el posmodernismo.	3	13
3	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	2	33
4	*El Marido Argentino Promedio*, por Ana María Shua (Sudamericana, 10,40 pesos). Todo lo que usted quiso saber y no se animaba a suponer sobre el individuo que duerme a su lado desde hace varios años. Con instrucciones y estrategias varias.	8	6
5	*Corazones en llamas*, por Laura Ramos y Cynthia Lejbowicz (Clarín/Aguilar, 12 pesos). Una historia novelada de la última década del rock and roll argentino. Sus protagonistas la cuentan y, según las autoras, "se consumen de pasión, de amor y de escarnio".	5	13
6	*La gran esperanza*, por Victor Sueiro (Planeta, 12,40 pesos). El autor que describió su experiencia de muerte clínica en *Más allá de la vida* se propone demostrar —con investigaciones y testimonios— que la muerte física es un principio y no un final.	4	10
7	*15 años después*, por José A. Martínez de Hoz (Emecé, 12 pesos). Un examen retrospectivo del Programa Económico del 2 de abril de 1976 que —según su autor— "precedió a los grandes cambios a los que asistimos hoy en la Argentina y en el mundo".	7	10
8	*Pensamientos del corazón*, por Louise L. Hay (Urano, 12 pesos). Meditaciones y tratamientos espirituales que recomiendan conectarse con el *ser interior* para mejorar la calidad de vida y confiar en la capacidad de cambiar.	6	10
9	*El club de los poderosos*, por Eduardo Sguiglia (Planeta, 12,40 pesos). La historia secreta y pública de los grandes holdings empresariales argentinos revela a los verdaderos protagonistas del poder económico. Una descripción del capitalismo argentino en la que asoma desafiante el matrimonio entre el dinero y el poder.	9	5
10	*Soy Roca*, por Félix Luna (Sudamericana, 17 pesos). Biografía narrada en primera persona, con vitalidad novelesca, del caudillo que fijó las bases de la Argentina moderna.	—	37

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); Fausto (Mar del Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Lett, Ross (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Walter Mosley: **El demonio vestido de azul** (Emecé). Primera novela de Mosley que llega flanqueada por elogios de Andrew Vachss y Jonathan Kellerman, dos nombres de peso dentro del género policial. Detective arquetípico, femme fatale de rigor, clubes nocturnos y jazz esparciéndose por Los Angeles de 1948 a la hora de armar una trama tan original como respetuosa de sus influencias.

Varios autores: **Breve antología de cuentos 2** (Sudamericana). Clásicos de García Márquez, Bradbury y Mujica Lainez donde se destaca —por inesperado— el formidable "Marcha nocturna" del norteamericano Tim O'Brien, relato ganador del premio O'Henry que luego formaría parte de **Persiguiendo a Cacciato**, ganadora del Nationl Book Award y, sin dudas, la mejor y más imaginativa novela jamás escrita sobre la guerra del Vietnam.

Carnets///

FICCION

Variaciones Auster

LA MUSICA DEL AZAR, por Paul Auster. Anagrama, 251 páginas.

A esta altura del camino, no resulta arriesgado hablar de un paisaje austerizado o —si se prefiere— de un modo austero de ver y moverse por las curvas y las rectas del planeta. Por eso: "Durante todo un año no hizo otra cosa que conducir, viajar de allá para acá por Estados Unidos mientras esperaba que se le acabara el dinero. No había previsto que durara tanto, pero una cosa iba llevando a la otra, y cuando Nashe comprendió lo que le estaba ocurriendo, había dejado de desear que aquello terminara".

Así empieza *La música del azar*, séptima novela de Paul Auster y comprensible compás de espera reflexivo y hasta indulgente después de *El palacio de la luna*, su mejor libro hasta la fecha junto con esa suerte de diario íntimo llamado *La invención de la soledad*.

El Auster de *La música*... parece decidido a ofrecer algo así como un resumen de lo publicado y vuelve a temas que ya son paradigmáticos dentro de su obra: el camino como historia en permanente desenvolvimiento, el solipsismo creciendo a postura zen, los diferentes mundos dentro de este mundo, la pérdida del padre y la búsqueda como excusa para moverse dentro de un marco que contiene a Kafka y a Verne y a Chandler.

La música... impresiona menos que las entregas anteriores de Auster porque —paradójicamente— es una novela "de género", de género Auster, claro, y la sensación imperante en el lector es la de escuchar, felices, astutas variaciones sobre una vieja y querida partitura.

La historia de Jim Nashe —un personaje ya tan arquetípico dentro de la estética del autor como ciertos aventureros de Hemingway— es nada más que un tipo común, uno de esos hombres *vacíos* austerianos que un buen día se ponen en marcha hacia la tentación de lo desconocido. Nashe hereda un inesperado dinero de su padre, se compra un Saab rojo, abandona su trabajo de bombero en Boston, aprieta el acelerador a fondo, conoce a un joven y formidable jugador de póquer llamado Jack Pozzi y juntos parten en busca de los legendarios millonarios Flower y Stone. La idea es esquilmarlos en un partido de póquer pero es ahí cuando la *road novel* muta a *gothic novel* y comienzan a tejerse los bordes de la tragedia que se concreta —con la inapelable contundencia del azar al que alude el título— en la última página del libro.

Menos complejo y más complaciente que *El palacio*..., lo que se cuenta en *La música*... tiene el inmediato encanto de una historia bien contada en línea recta ("todo se reducía a una cuestión de secuencia, de orden de los sucesos", se lee casi al principio), sin que por eso se extrañen ciertos paréntesis característicos de Auster a la hora de postergar la acción en los momentos justos.

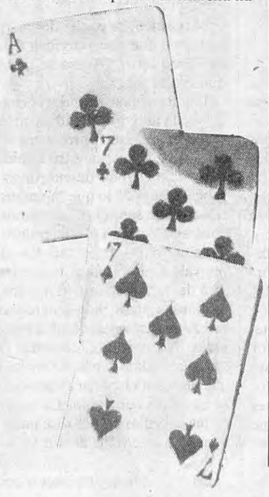
No sería arriesgado afirmar que con el viaje de Jim Nashe, Paul Auster completa y cierra un viaje privado. *La música del azar* marca el final de un camino que Auster recorrió con admirable pericia. *Leviathan*, su próxima novela, parece —a partir de sus propios comentarios— destinada a ser el vehículo que descubrirá una nueva ruta en el admirable e inimitable mapa de su literatura.

RODRIGO FRESAN

ENSAYO

Las cosas del

EL MENEMATO. RADIOGRAFIA DE DOS AÑOS DE GOBIERNO DE CARLOS MENEM. Varios autores. Ediciones Letra Buena, 1991, $ 12.



Pareciera que dentro de esa interminable pesadilla que es la historia argentina (tal vez ni más ni menos que otras historias pero peligrosamente más cercana),el rol que le cabe al gobierno de Carlos Menem poco tiene que envidiarle al tridimensional Freddy Krueger. La lista de apenas dos años es abrumadora: indultos a mansalva, ajustes, corrupción. Justamente lo que reivindican sus entusiastas seguidores: es un gobierno que no deja de hacer cosas.

Por debajo de la espectacularidad de ese proceso de movimiento perpetuo, el estilo político y económico del menemismo está produciendo enormes cambios en la conformación social y en la cultura política argentina. Para dar cuenta de antecedentes y perspectivas se unieron varios intelectuales y periodistas que recorrieron la historia y la actualidad en una primera movida que da cuenta de un fenómeno relativamente novedoso: el trabajo de los intelectuales y el del periodismo va encontrando puntos de contacto y abandonando viejos recelos mutuos. Obviamente, esta alianza de lenguajes y modos de acercamiento está todavía ajustándose y requiere de discusiones, pero *El menemato* es, en este sentido, una buena prueba para el lector de que puede acceder a ambos registros.

También como resultado de esta alianza, el libro realiza una adecuada combinación de análisis e información a través de los siete artículos que lo componen a cargo de los sociólogos Atilio Borón y Eduardo Grüner, los economistas Roberto Feletti, Claudio Lozano y Oscar Martínez y los periodistas Martín Granovsky, Oscar Taffetani y Julio Villalonga. Justamente los artículos de estos dos últimos rescatan un tono —el de la indignación— que contradice la laboriosa paciencia analítica del resto del volumen. En especial, "Menemismo y cultura", de Oscar Taffetani revela el que resulta uno de los puntos más débiles del accionar de la izquierda en nuestro país, su incapacidad de proponer una mirada alternativa y diferenciada sobre la cultura.

Atilio Borón propone una interesante y discutible hipótesis sobre el estilo político del Presidente, mientras que Eduardo Grüner utiliza con singular agudeza las herramientas del análisis sociológico para entrever los rumbos del modelo social propuesto por el Gobierno. Es un artículo arduo pero que depara un panorama

Best Sellers///

Ficción

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El plan infinito*, por Isabel Allende (Sudamericana, 13,70 pesos). El protagonista, Gregory Reeves, crece en un barrio de inmigrantes ilegales en Los Angeles, pasa por la Universidad de Berkeley en plena efervescencia hippie y logra volver "ileso" de la guerra de Vietnam para descubrir que cayó en una trampa.	2	9
2	*La conspiración del Juicio Final*, por Sidney Sheldon (Emecé, 14 pesos). Los descubrimientos de un oficial que investiga el accidente de un globo meteorológico en los Alpes suizos conforman una historia de amor y suspenso.	3	20
3	*El ojo del samurai*, por Morris West (Vergara, 10,85 pesos). El escritor de best sellers mundiales proyecta a sus personajes en una Unión Soviética devastada que pide ayuda y la trama se desenvuelve en Bangkok entre capitalistas alemanes y japoneses.	1	15
4	*Signos vitales*, por Robin Cook (Emecé, 13,20 pesos). Un nuevo thriller del experto en asuntos médicos. Esta vez Cook trata el tema de la fecundación in vitro a través de Marissa, una profesional que vuela a Australia para quedar embarazada y descubre que su vida —y la de muchas mujeres— peligra.	5	4
5	*Scarlett*, por Alexandra Ripley (Ediciones B, 29,45 pesos). Tómelo o déjelo: Scarlett O'Hara y Rhett Butler se reencuentran en la continuación de *Lo que el viento se llevó*.	4	17
6	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos) La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al Nuevo Mundo como panorámico telón de fondo.	—	14
7	*Como los cuervos*, por Jeffrey Archer (Grijalbo, 16,80 pesos). Charlie Trumper hereda la profesión de vendedor de su abuelo y emprende una exitosa aventura empresarial. Cuando se convierte en el rey del comercio londinense pasa a ser la presa de sus competidores que, como los cuervos, acechan su fracaso.	9	8
8	*El impostor*, por Frederik Forsyth (Emecé, 15 pesos). El autor de *El día del chacal* recuerda los días de la Guerra Fría a través del impostor, una leyenda viviente del espionaje británico que, después de pasar a retiro, decide contar las cuatro misiones más importantes de su carrera.	10	20
9	*El lado de la sombra*, por Adolfo Bioy Casares (Tusquets, 16 pesos). Uno de los mejores libros de cuentos de Bioy, huésped de dos fantasías memorables: *Los afanes* y *El calamar opta por su tinta*.	6	4
10	*El palacio de la luna*, por Paul Auster (Anagrama, 28,30 pesos). Novela consagratoria donde confluyen todos los temas paradigmáticos de Auster: la carretera como modo de vida, la búsqueda del padre y la astuta melange de influencias que incluyen a Kafka, Verne y a una rara estética del folletín con lo metaficcional y lo existencialista.	—	1

Historia, ensayo

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos) ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	1	10
2	*El asedio a la modernidad*, por Juan José Sebreli (Sudamericana, 13,95 pesos). Una revisión crítica de las ideas predominantes en la segunda mitad del siglo XX que comienza con el pensamiento de Nietzsche y desemboca en el posmodernismo.	3	13
3	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	2	33
4	*El Marido Argentino Promedio*, por Ana María Shua (Sudamericana, 10,40 pesos). Todo lo que usted quiso saber y no se animaba a suponer sobre el individuo que duerme a su lado desde hace varios años. Con instrucciones y estrategias varias.	8	6
5	*Corazones en llamas*, por Laura Ramos y Cynthia Lejbowicz (Clarín/Aguilar, 12 pesos). Una historia novelada de la última década del rock and roll argentino. Sus protagonistas la cuentan y, según las autoras, "se consumen de pasión, de amor y de escarnio".	5	13
6	*La gran esperanza*, por Víctor Sueiro (Planeta, 12,40 pesos). El autor que describió su experiencia de muerte clínica en *Más allá de la vida* se propone demostrar —con investigaciones y testimonios— que la muerte física es un principio y no un final.	4	10
7	*15 años después*, por José A. Martínez de Hoz (Emecé, 12 pesos). Un examen retrospectivo del Programa Económico del 2 de abril de 1976 que —según su autor— "precedió a los grandes cambios a los que asistimos hoy en la Argentina y en el mundo".	7	10
8	*Pensamientos del corazón*, por Louise L. Hay (Urano, 12 pesos). Meditaciones y tratamientos espirituales que recomiendan conectarse con el *ser interior* para mejorar la calidad de vida y confiar en la capacidad de cambiar.	6	10
9	*El club de los poderosos*, por Eduardo Sguiglia (Planeta, 12,40 pesos). La historia secreta y pública de los grandes holdings empresariales argentinos revela a los verdaderos protagonistas del poder económico. Una descripción del capitalismo argentino en la que asoma desafiante el matrimonio entre el dinero y el poder.	9	5
10	*Soy Roca*, por Félix Luna (Sudamericana, 17 pesos). Biografía narrada en primera persona, con vitalidad novelesca, del caudillo que fijó las bases de la Argentina moderna.	—	37

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); Fausto (Mar del Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Lett, Ross (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Walter Mosley: **El demonio vestido de azul** (Emecé). Primera novela de Mosley que llega flanqueada por elogios de Andrew Vachss y Jonathan Kellerman, dos nombres de peso dentro del género policial. Detective arquetípico, femme fatale de rigor, clubes nocturnos y jazz esparciéndose por Los Angeles de 1948 a la hora de armar una trama tan original como respetuosa de sus influencias.

Varios autores: **Breve antología de cuentos 2** (Sudamericana). Clásicos de García Márquez, Bradbury y Mujica Lainez donde se destaca —por inesperado— el formidable "Marcha nocturna" del norteamericano Tim O'Brien, relato ganador del premio O'Henry que luego formaría parte de **Persiguiendo a Cacciato**, ganadora del Nationl Book Award y, sin dudas, la mejor y más imaginativa novela jamás escrita sobre la guerra del Vietnam.

Carnets///

FICCION

Variaciones Auster

LA MUSICA DEL AZAR, por Paul Auster. Anagrama, 251 páginas.

A esta altura del camino, no resulta arriesgado hablar de un paisaje austerizado o —si se prefiere— de un modo austero de ver y moverse por las curvas y las rectas del planeta. Por eso: "Durante todo un año no hizo otra cosa que conducir, viajar de allá para acá por Estados Unidos mientras esperaba que se le acabara el dinero. No había previsto que durara tanto, pero una cosa iba llevando a la otra, y cuando Nashe comprendió lo que le estaba ocurriendo, había dejado de desear que aquello terminara".

Así empieza *La música del azar*, séptima novela de Paul Auster y comprensible compás de espera reflexivo y hasta indulgente después de *El palacio de la luna*, su mejor libro hasta la fecha junto con esa suerte de diario íntimo llamado *La invención de la soledad*.

El Auster de *La música...* parece decidido a ofrecer algo así como un resumen de lo publicado y vuelve a temas que ya son paradigmáticos dentro de su obra: el camino como historia en permanente desenvolvimiento, el solipsismo creciendo a postura zen, los diferentes mundos dentro de este mundo, la pérdida del padre y la búsqueda como excusa para moverse dentro de un marco que contiene a Kafka y a Verne y a Chandler.

La música... impresiona menos que las entregas anteriores de Auster porque —paradójicamente— es una novela "de género", de género Auster, claro, y la sensación imperante en el lector es la de escuchar, felices, astutas variaciones sobre una vieja y querida partitura.

La historia de Jim Nashe —un personaje ya tan arquetípico dentro de la estética del autor como ciertos aventureros de Hemingway— es nada más que un tipo común, uno de esos hombres *vacíos* austerianos que un buen día se ponen en marcha hacia la tentación de lo desconocido. Nashe hereda un inesperado dinero de su padre, se compra un Saab rojo, abandona su trabajo de bombero en Boston, aprieta el acelerador a fondo, conoce a un joven y formidable jugador de póquer llamado Jack Pozzi y juntos parten en busca de los legendarios millonarios Flower y Stone. La idea es esquilmarlos en un partido de póquer pero es ahí cuando la *road novel* muta a *gothic novel* y comienzan a tejerse los bordes de la tragedia que se concreta —con la inapelable contundencia del azar al que alude el título— en la última página del libro.

Menos complejo y más complaciente que *El palacio...*, lo que se cuenta en *La música...* tiene el inmediato encanto de una historia bien contada en línea recta ("todo se reducía a una cuestión de secuencia, de orden de los sucesos", se lee casi al principio), sin que por eso se extrañen ciertos paréntesis característicos de Auster a la hora de postergar la acción en los momentos justos.

No sería arriesgado afirmar que con el viaje de Jim Nashe, Paul Auster completa y cierra un viaje privado. *La música del azar* marca el final de un camino que Auster recorrió con admirable pericia. *Leviathan*, su próxima novela, parece —a partir de sus propios comentarios— destinada a ser el vehículo que descubrirá una nueva ruta en el admirable e inimitable mapa de su literatura.

RODRIGO FRESAN



Auster y la sensación de escuchar astutas variaciones sobre una vieja y querida partitura.



ENSAYO

Las cosas del poder

EL MENEMATO. RADIOGRAFIA DE DOS AÑOS DE GOBIERNO DE CARLOS MENEM. Varios autores. Ediciones Letra Buena, 1991, $ 12.

Pareciera que dentro de esa interminable pesadilla que es la historia argentina (tal vez ni más ni menos que otras historias pero peligrosamente más cercana),el rol que le cabe al gobierno de Carlos Menem poco tiene que envidiarle al tridimensional Freddy Krueger. La lista de apenas dos años es abrumadora: indultos a mansalva, ajustes, corrupción. Justamente lo que reivindican sus entusiastas seguidores: es un gobierno que no deja de hacer cosas.

Por debajo de la espectacularidad de ese proceso de movimiento perpetuo, el estilo político y económico del menemismo está produciendo enormes cambios en la conformación social y en la cultura política argentina. Para dar cuenta de antecedentes y perspectivas se unieron varios intelectuales y periodistas que recorrieron la historia y la actualidad en una primera movida que da cuenta de un fenómeno relativamente novedoso: el trabajo de los intelectuales y el del periodismo va encontrando puntos de contacto y abandonando viejos recelos mutuos. Obviamente, esta alianza de lenguajes y modos de acercamiento está todavía ajustándose y requiere de discusiones, pero *El menemato* es, en este sentido, una buena prueba para el lector de que puede acceder a ambos registros.

También como resultado de esta alianza, el libro realiza una adecuada combinación de análisis e información a través de los siete artículos que lo componen a cargo de los sociólogos Atilio Borón y Eduardo Grüner, los economistas Roberto Feletti, Claudio Lozano y Oscar Martínez y los periodistas Martín Granovsky, Oscar Taffetani y Julio Villalonga. Justamente los artículos de estos dos últimos rescatan un tono —el de la indignación— que contradice la laboriosa paciencia analítica del resto del volumen. En especial, "Menemismo y cultura", de Oscar Taffetani revela el que resulta uno de los puntos más débiles del accionar de la izquierda en nuestro país, su incapacidad de proponer una mirada alternativa y diferenciada sobre la cultura.

Atilio Borón propone una interesante y discutible hipótesis sobre el estilo político del Presidente, mientras que Eduardo Grüner utiliza con singular agudeza las herramientas del análisis sociológico para entrever los rumbos del modelo social propuesto por el Gobierno. Es un artículo arduo pero que depara un panorama bastante exacto de lo que parece advenir y que logra dar cuenta de la complejidad de los procesos sociales en marcha. Por otra parte, Oscar Martínez y Martín Granovsky optaron por el racconto histórico. Frente a la habitual tarea periodística, este tipo de artículos permite desplegar una perspectiva que une aquello que aparece como separado y coyuntural de lo cotidiano y logra armar, —Granovsky en el análisis de la política exterior y Martínez en el terreno de la economía— una trama que permite comprender movimientos actuales. Finalmente, y en un trabajo conjunto, Lozano y Ferletti ponen al día el estado de situación económica.

A pesar de las distintas perspectivas y estilos, El menemato entrega la imagen de un texto plural y articulado, sin reiteraciones y en el cual el lector puede trazar las líneas de articulación. No se trata de imponer una versión de la historia, sino de ir desentrañándola, sin soluciones previsibles, ni declamaciones que subrayen un destino de la lectura. Si la palabra utilidad no rimara tan desaforadamente con los libros, *El Menemato* propone una lectura válida, apta, polémica y necesaria para los tiempos de cólera.

MARCOS MAYER



Otras inquisiciones

LA GESTA DEL MARRANO, Marcos Aguinis (novela), Buenos Aires, 1991.

Que la Inquisición haya sobrevivido en América hasta 1830 resulta sorprendente. Que en pleno posiluminismo, cuando precisamente en América se lucha contra toda forma de opresión, el llamado Santo Oficio todavía ejerciera sus siniestros poderes, solamente produce admiración si se olvida que, apenas un siglo después, los campos de concentración nazis emularían con menos artificios burocráticos, los atroces crímenes cometidos en nombre de la fe. En nuestros días, cuando los rebrotes de antisemitismo se tornan alarmantes, el investigador Marcelo Monserrat, del Instituto Di Tella de Buenos Aires, arriesga la hipótesis de que, ante la desaparición del comunismo, ciertos mecanismos sociales alentarían la búsqueda de otros enemigos. Nuestra historia más reciente registra, tristemente, el olvido de los más elementales procedimientos judiciales.

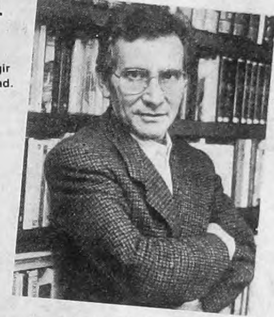
La Inquisición no solamente persiguió a los judíos. Cualquier supuesta transgresión de la fe o de la moral cristianas era igualmente objeto de investigación y castigo. Claro que en menor escala, porque lo que verdaderamente preocupaba a la Iglesia Católica era que se pudiera socavar su poder temporal. En 1252, la Bula del Papa Inocencio II autorizó la tortura, y poco antes Gregorio IX había creado la Inquisición, un tribunal permanente, que gozaba del privilegio de guardar secreto absoluto en relación con sus procedimientos.

La historia de la familia Da Silva ha sido usada por Marcos Aguinis para reconstruir y traer a la memoria los horrendos métodos inquisitoriales y también para alertar sobre todo tipo de discriminación. Francisco Maldonado da Silva, ilustre médico tucumano que vivió en Córdoba, Lima y Santiago de Chile, no sólo ejerció con dignidad su profesión sino que restauró la unidad de su familia, destruida por el proceso inquisitorial al que fueron sometidos su padre y hermano. Una de sus hermanas, Felipa, lo denuncia al Santo Oficio. Durante doce años el acusado defiende su derecho a mantener como propias las creencias de sus antepasados españoles y portugueses, y demuestra con gran coherencia las contradicciones lógicas del cristianismo, basándose en los textos sagrados. Su martirio condensa el sentido de toda lucha por la dignidad humana, cualquiera sea su contenido. Su muerte, atados al cuello los libros que escribió en prisión, ilustra el único camino posible para la defensa de las ideas: independencia de todos los poderes, libertad absoluta de criterio, perseverancia y fortaleza.

Aguinis usa valiosa documentación, que detalla en su libro, pero además ha sabido suplir con imaginación novelística los naturales huecos de la información. Inventa escenas conmovedoras, como la del encuentro con el amigo de la infancia, Manuel Brizuela, o la del arresto del padre, que sirve para mostrar la valiente actitud del niño de diez años. El permitir la asociación con otras discriminaciones posibles, sacando sutilmente el tema del espacio excluyente del judaísmo —los conflictos de indios y negros le sirven para ello—, es un mérito más del autor. La investigación se centra, sin embargo, en lo referente a la llamada "conspiración grande", que fue la excusa para detener en Lima a centenares de judíos y torturarlos hasta arrancarles pedidos de clemencia, para finalmente quemar en la hoguera a los no arrepentidos y volver a las mazmorras limeñas a los otros, en el escandaloso Auto de Fe de 1639.

En el centro de la historia, Aguinis ha puesto la defensa del derecho a elegir la propia verdad, sin someterse a nadie. "Si juro por la cruz habré cometido mi primera mentira", dice Francisco al comenzar los interrogatorios. "No mentí para ocultar mi hipostasía, sino para ocultar mi fe." Y añade para aconsejar a sus compañeros de infortunio: "Ténganlo presente: ni la confesión borra nuestra culpa, ni la clemencia nos devuelve la fe (...). No existe ya para nosotros otra libertad que la del espíritu". Y el narrador comenta que "ha soportado demasiado la falsedad y ansía mostrarse sin la máscara de la vergüenza, la cobardía y la traición. Traición a Dios, a los demás, a sí mismo". Las figuras principales, Francisco y su padre, son atractivas: la profesión que ejercen, la medicina, favorece la consideración de temas como la relación entre cuerpo, ciencia y religión, y de allí puede ser invalidada la posibilidad de una verdad única. "Medicina: una profesión vil, por algo la aman tanto los moros y los judíos. Olvidan que las enfermedades son la consecuencia del pecado", opina un clérigo. Las figuras secundarias sostienen el trabajo de descripción de una sociedad sometida a los dictados de una fe basada en el prejuicio, la opresión y la ignorancia como requisitos para conservar un poder sin atenuantes. El esclavo Luis, hijo de un brujo africano, o los temerosos y mezquinos clérigos Miranda y Delgado, el sensual Santiago de la Cruz o los inquisidores Gaitán, empeñado en quebrar al resistente Maldonado, o el de Cartagena, arrepentido de haber sido misericordioso, sirven de marco a la historia principal.

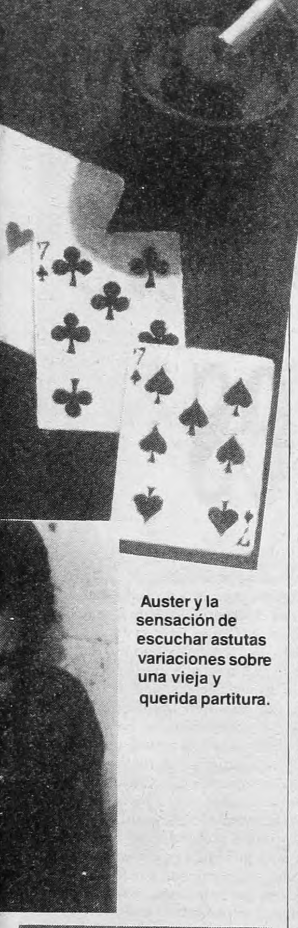
Maldonado resiste a todas las presiones y cuando intuye su condena decide disputar a los verdugos su derecho a morir; sólo renuncia a su ayuno de ochenta días para alentar a sus compañeros de prisión y transmitirles su lema: "No confesar ni pedir misericordia, defender nuestra libertad de conciencia". Otros judíos sufren el castigo tan dignamente como él: el rabino Manuel Bautista Pérez, su cuñado Sebastián Duarte, el médico Tomás Cuaresma, todos inocentes, salvo del pecado de ser fieles a su propia fe.



Aguinis y la defensa del derecho a elegir la propia verdad.

Figura emblemática, la memoria de Maldonado da Silva ha sido conservada por historiadores y poetas. Menashé Ben Israel, en 1650, en su obra *Esperanza de Israel*, dedica emotivos párrafos al episodio. El doctor Isaac Cardoso en Venecia y el poeta sefaradí Miguel Barrios en Amsterdam exaltan la figura de Maldonado. El historiador español Fernando de Montesinos, autor del *Ofyr de España*, donde pretende demostrar que el hombre americano desciende de Ofyr, hijo de Noé, asiste al auto de fe y se le encarga oficialmente la crónica del acontecimiento. Es testigo de cómo el toldo que protege del viento la hoguera se hiende y Maldonado grita que así lo ha dispuesto el Dios de Israel para poder verlo cara a cara. Entre nosotros, el tucumano Julio Ardiles Gray lo recuerda en su pieza teatral, *Auto de Fe en las Indias*.

JOSEFINA DELGADO



Auster y la sensación de escuchar astutas variaciones sobre una vieja y querida partitura.

poder

bastante exacto de lo que parece advenir y que logra dar cuenta de la complejidad de los procesos sociales en marcha. Por otra parte, Oscar Martínez y Martín Granovsky optaron por el racconto histórico. Frente a la habitual tarea periodística, este tipo de artículos permite desplegar una perspectiva que une aquello que aparece como separado y coyuntural de lo cotidiano y logra armar, —Granovsky en el análisis de la política exterior y Martínez en el terreno de la economía— una trama que permite comprender movimientos actuales. Finalmente, y en un trabajo conjunto, Lozano y Ferletti ponen al día el estado de situación económica.

A pesar de las distintas perspectivas y estilos, El menemato entrega la imagen de un texto plural y articulado, sin reiteraciones y en el cual el lector puede trazar las líneas de articulación. No se trata de imponer una versión de la historia, sino de ir desentrañándola, sin soluciones previsibles, ni declamaciones que subrayen un destino de la lectura. Si la palabra utilidad no rimara tan desaforadamente con los libros, *El Menemato* propone una lectura válida, apta, polémica y necesaria para los tiempos de cólera.

MARCOS MAYER



Otras inquisiciones

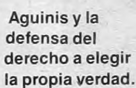
LA GESTA DEL MARRANO, Marcos Aguinis (novela), Buenos Aires, 1991.

Que la Inquisición haya sobrevivido en América hasta 1830 resulta sorprendente. Que en pleno posiluminismo, cuando precisamente en América se lucha contra toda forma de opresión, el llamado Santo Oficio todavía ejerciera sus siniestros poderes, solamente produce admiración si se olvida que, apenas un siglo después, los campos de concentración nazis emularían con menos artificios burocráticos, los atroces crímenes cometidos en nombre de la fe. En nuestros días, cuando los rebrotes de antisemitismo se tornan alarmantes, el investigador Marcelo Monserrat, del Instituto Di Tella de Buenos Aires, arriesga la hipótesis de que, ante la desaparición del comunismo, ciertos mecanismos sociales alentarían la búsqueda de otros enemigos. Nuestra historia más reciente registra, tristemente, el olvido de los más elementales procedimientos judiciales.

La Inquisición no solamente persiguió a los judíos. Cualquier supuesta transgresión de la fe o de la moral cristianas era igualmente objeto de investigación y castigo. Claro que en menor escala, porque lo que verdaderamente preocupaba a la Iglesia Católica era que se pudiera socavar su poder temporal. En 1252, la Bula del Papa Inocencio II autorizó la tortura, y poco antes Gregorio IX había creado la Inquisición, un tribunal permanente, que gozaba del privilegio de guardar secreto absoluto en relación con sus procedimientos.

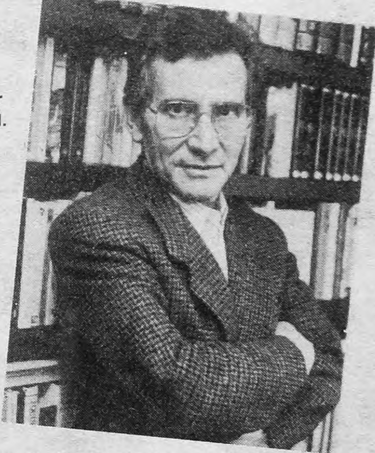
La historia de la familia Da Silva ha sido usada por Marcos Aguinis para reconstruir y traer a la memoria los horrendos métodos inquisitoriales y también para alertar sobre todo tipo de discriminación. Francisco Maldonado da Silva, ilustre médico tucumano que vivió en Córdoba, Lima y Santiago de Chile, no sólo ejerció con dignidad su profesión sino que restauró la unidad de su familia, destruida por el proceso inquisitorial al que fueron sometidos su padre y hermano. Una de sus hermanas, Felipa, lo denuncia al Santo Oficio. Durante doce años el acusado defiende su derecho a mantener como propias las creencias de sus antepasados españoles y portugueses, y demuestra con gran coherencia las contradicciones lógicas del cristianismo, basándose en los textos sagrados. Su martirio condensa el sentido de toda lucha por la dignidad humana, cualquiera sea su contenido. Su muerte, atados al cuello los libros que escribió en prisión, ilustra el único camino posible para la defensa de las ideas: independencia de todos los poderes, libertad absoluta de criterio, perseverancia y fortaleza.

Aguinis usa valiosa documentación, que detalla en su libro, pero además ha sabido suplir con imaginación novelística los naturales huecos de la información. Inventa escenas conmovedoras, como la del encuentro con el amigo de la infancia, Manuel Brizuela, o la del arresto del padre, que sirve para mostrar la valiente actitud del niño de diez años. El permitir la asociación con otras discriminaciones posibles, sacando sutilmente el tema del espacio excluyente del judaísmo —los conflictos de indios y negros le sirven para ello—, es un mérito más del autor. La investigación se centra, sin embargo, en lo referente a la llamada "conspiración grande", que fue la excusa para detener en Lima a centenares de judíos y torturarlos hasta arrancarles pedidos de clemencia, para finalmente quemar en la hoguera a los no arrepentidos y volver a las mazmorras limeñas a los otros, en el escandaloso Auto de Fe de 1639.



En el centro de la historia, Aguinis ha puesto la defensa del derecho a elegir la propia verdad, sin someterse a nadie. "Si juro por la cruz habré cometido mi primera mentira", dice Francisco al comenzar los interrogatorios. "No mentí para ocultar mi hipostasía, sino para ocultar mi fe." Y añade para aconsejar a sus compañeros de infortunio: "Ténganlo presente: ni la confesión borra nuestra culpa, ni la clemencia nos devuelve la fe (...). No existe ya para nosotros otra libertad que la del espíritu". Y el narrador comenta que "ha soportado demasiado la falsedad y ansía mostrarse sin la máscara de la vergüenza, la cobardía y la traición. Traición a Dios, a los demás, a sí mismo". Las figuras principales, Francisco y su padre, son atractivas: la profesión que ejercen, la medicina, favorece la consideración de temas como la relación entre cuerpo, ciencia y religión, y de allí puede ser invalidada la posibilidad de una verdad única. "Medicina: una profesión vil, por algo la aman tanto los moros y los judíos. Olvidan que las enfermedades son la consecuencia del pecado", opina un clérigo. Las figuras secundarias sostienen el trabajo de descripción de una sociedad sometida a los dictados de una fe basada en el prejuicio, la opresión y la ignorancia como requisitos para conservar un poder sin atenuantes. El esclavo Luis, hijo de un brujo africano, o los temerosos y mezquinos clérigos Miranda y Delgado, el sensual Santiago de la Cruz o los inquisidores Gaitán, empeñado en quebrar al resistente Maldonado, o el de Cartagena, arrepentido de haber sido misericordioso, sirven de marco a la historia principal.

Maldonado resiste a todas las presiones y cuando intuye su condena decide disputar a los verdugos su derecho a morir; sólo renuncia a su ayuno de ochenta días para alentar a sus compañeros de prisión y transmitirles su lema: "No confesar ni pedir misericordia, defender nuestra libertad de conciencia". Otros judíos sufren el castigo tan dignamente como él: el rabino Manuel Bautista Pérez, su cuñado Sebastián Duarte, el médico Tomás Cuaresma, todos inocentes, salvo del pecado de ser fieles a su propia fe.



Aguinis y la defensa del derecho a elegir la propia verdad.

Figura emblemática, la memoria de Maldonado da Silva ha sido conservada por historiadores y poetas. Menashé Ben Israel, en 1650, en su obra *Esperanza de Israel*, dedica emotivos párrafos al episodio. El doctor Isaac Cardoso en Venecia y el poeta sefaradí Miguel Barrios en Amsterdam exaltan la figura de Maldonado. El historiador español Fernando de Montesinos, autor del *Ofyr de España*, donde pretende demostrar que el hombre americano desciende de Ofyr, hijo de Noé, asiste al auto de fe y se le encarga oficialmente la crónica del acontecimiento. Es testigo de cómo el toldo que protege del viento la hoguera se hiende y Maldonado grita que así lo ha dispuesto el Dios de Israel para poder verlo cara a cara. Entre nosotros, el tucumano Julio Ardiles Gray lo recuerda en su pieza teatral, *Auto de Fe en las Indias*.

JOSEFINA DELGADO



LITERATURA EROTICA FEMENINA

La pequeña Lulú y otras perversiones



La literatura femenina se ha puesto de moda. Muchas escritoras han compartido el honor (¿dudoso?) del best seller. Producen historias de amor románticas o eróticas y en lo que hasta hace poco se llamaba pornografía hay un resquicio de novela rosa. ¿Un género literario escrito por mujeres para mujeres? A propósito de un inesperado éxito editorial —"Las edades de Lulú"— y su adaptación cinematográfica de próximo estreno en la Argentina, Margo Glantz reflexiona sobre un género ambiguo y horizontal.

MARGO GLANTZ

Las edades de Lulú, XI premio de La Sonrisa Vertical (Tusquets Editores), ha sido reedifada 21 veces entre marzo de 1989 y enero de 1992. Su autora suele retratarse desnuda, de espaldas, enseñando la otra sonrisa, reiterando en esa fotografía una decisión y una identidad, una escritura del cuerpo, detenida en el bajo vientre y en el trasero, una literatura del destape, literatura que en un brevísimo periodo hace parecer arcaica a la literatura y a la crítica publicadas en España al final del período franquista. Consúltese por ejemplo *El mito de la inmaculada concepción*, de Luis M. de Miguel (Anagrama, 1979) donde se revela el papel opresor de los ginecólogos españoles y el peso de la censura sobre la sexualidad; o revísese la ingenua visión de H. J. Eysenk que en *Usos y abusos de la pornografía* (traducida en 1979 por Alianza Editorial) aún mostraba preocupación por conformar una estadística de la sexualidad y subrayar cuantitativamente sus "perversiones".

La historia de O fue escrita por un hombre con un seudónimo de mujer, Pauline Réage. El relato es indirecto, pero revela (o pretende revelar) algunos procesos que, a través del sexo, permiten a una mujer llegar a la total abyección y a la pérdida absoluta de la libertad. Fascinada, O acepta una minuciosa degradación, pide, casi exige, como diría Pasolini, ser devorada, desaparecer. Novela clásica, punto de partida de la literatura erótica de este siglo, esta novela servirá de paradigma a la que analizo: ¿logra Lulú ser un sujeto erótico? ¿Al escribir literatura erótica, altera Almudena Grandes la posición tradicional en que en este tipo de escritura se coloca a la mujer?

Lulú comienza su aventura donde termina O: con el pubis depilado. Despojar el sexo femenino de su vello es para el autor de O la desnudez absoluta. Para Almudena Grandes, la preservación de una sexualidad infantil. Hablar de esto no nos remite a una extraña peluquería sino a la organización de un ritual. Y obviamente no digo nada nuevo: toda literatura erótica (ya lo mostraba Sade, que ahora podemos comprar en los supermercados) organiza un riguroso espacio sagrado y una distribución de funciones implacables. La sexualidad se ejerce en lugares especiales y su éxito depende de la ejecución inmaculada de las ceremonias. Exige además varios actores con su público, una escenografía, una vestimenta especial, algunos instrumentos de la pasión.

Un marco definido, rígido, aterrador y, sin embargo, elegido y por ello tranquilizante, aunque después, dentro de él, no se ejerza el albedrío. O se deja encadenar, azotar, vender, profanar, para sentirse segura, es decir, para no estar librada a sí misma; por ello acepta el sacrificio, se convierte en víctima-prostituta sagrada y asume los cuidadosos rituales que la llevan a su destrucción: en O no hay ninguna ambigüedad. Lulú-Almudena teme crecer, otra de las formas de ejercer el albedrío. Cuando intenta liberarse elige una "perversión" a la moda, la consume, como esa moda consume a las gentes que la adoptan. A su disposición el voyeurismo enriquecido por todo tipo de técnicas modernas, por ejemplo, los videos. En ellos, una orgía sexual, un triángulo, una mujer que participa en una relación homosexual, o mejor dicho, cree poder explorar la transexualidad, cuya economía libidinal utiliza todos los orificios corporales para su satisfacción, poniendo en entredicho los tabúes y permitiendo el exceso y la exploración de los márgenes de la sexualidad, expandirla, o quizá borrarla.

En *Poderes de la perversión* (Siglo XXI, 1989), Julia Kristeva explora teóricamente los caminos y el sentido de la abyección: "Siempre en relación con los orificios corporales en tantos puntos de referencia que cortan-constituyen el territorio del cuerpo, los objetos contaminantes son —de manera esquemática— de dos tipos: excrementicio y menstrual". Ninguno de esos objetos hace su aparición en las novelas que he tomado como referencia; en cambio, los orificios que los producen son utilizados indistintamente como vías alternas de la sexualidad; se asume así como un absoluto la llamada perversión sexual; se viola la rígida demarcación religiosa del franquismo; se pretende anular la diferencia genital, definida como un imperativo de separación.

La tradición de la novela erótica exige que los rituales se cumplan dentro de espacios específicos. Se representa una sacralización en sentido inverso, en el espacio *ad hoc* para ejercerla se inicia la profanación del espacio sagrado: es la extensión de la novela pastoril siempre contenida en una escenografía de eternos y verdes prados; en la novela erótica se edifican los palacios-fortaleza: los castillos de Sade, el de O en Roissy, los yates de lujo en Bataille. Se configura una sociedad ideal, ociosa, cuya única ocupación sería el juego sexual, arte combinatorio por excelencia.

¡Un juego erótico! Se juega a la perversión. Lulú inicia ese juego dentro del fascismo, pero carece de un cuarto propio, condición *sine qua non* de la escritura (según Virginia Woolf). Le quedan los espacios abiertos, lo público, los conciertos de protesta en época de la dictadura, luego, la calle, el gigantesco burdel de la época del destape. El espectáculo de la calle es múltiple, variado; su plato fuerte son los travestis: cumplen una función semejante a la que en el pasado cumplían los mons-



truos, los bufones de los cuadros de Velázquez o de Goya. Son el pararrayos de la sociedad, sus chivos expiatorios, el paradigma de su incompletud y su transitoriedad, la metáfora de la indiferenciación. Almudena Grandes se acerca a Almodóvar.

No se puede definir el lugar exacto de las correrías eróticas de Lulú. Ni basta con catalogarlas como "perversiones". La circulación de los cuerpos, el tráfico sexual, la orgía compuesta no han variado mucho desde Sade, pero las combinatorias parecen renovarse en nuestra época: a los travestis se unen los homosexuales "decididos", muy machos; las lesbianas grotescas, amazónicas (con los senos perforados), las prostitutas tímidas, los voyeurs, y, para complementar, los drogadictos indecisos preparan el gran final. Es sórdido, obviamente. A su lado, la orgía sadiana parece un ballet, una escenografía de muñecos mecánicos, revivida por Pasolini.

Como ya lo había mencionado, la novela transcurre históricamente en un lapso significativo de la historia reciente de España, se pasa de la época de la represión franquista al llamado período del destape, de la hipocresía absoluta y la conducta solapada a la pública exhibición de los "pecados" y a la abierta teatralización de la sexualidad, convertida en transexualidad. Los actores son intercambiables, las diferencias de los sexos parecen no importar, la promiscuidad se vuelve requisito indispensable de la actividad sexual y las mujeres revisten nuevos roles, participan de manera abierta en una prostitución generalizada, en una abyección infinita cuya máxima obsesión es la publicidad. De un sexo soslayado —escandaloso pero íntimo— se pasa al sexo de la calle, al sexo colectivo, al sexo simbolizado por el travestismo, el sexo que no tiene sexo, el sexo artificial, sospechoso, pero fascinante de los transexuales, que tanto nos preocupa: ¿no es también el argumento de una película reciente que está causando furor, *El silencio de los inocentes*?

Lulú quiere ser una niña eterna. Almudena juega ahora con el tradicional personaje de Wedekind. Su vitalidad, su libido son inagotables, intercambiables. Lulú se deja llevar por sus pulsiones y las teatraliza. Busca ser al mismo tiempo sujeto y objeto de ellas. Está ligada, sin embargo, al "objeto de su deseo", según la expresión ya vulgarizada, y este objeto es un padre sustituto que la pervierte cuando tiene quince años y la inicia en los "misterios" de la sexualidad. Pablo reúne en su persona varios estereotipos sexuales: es el maestro de ceremonias, el violador, el padre incestuoso, el amante, el esposo, el padre de su hija, el protector y a la vez su límite. La avidez y la curiosidad sexual de Lulú son incontrolables cuando decide separarse de él, para "crecer". Y en sus excesos sobrepasa los permitidos por una sociedad que se ha lanzado de lleno en el furor. Aun en ese marco indeciso es un personaje raro, sospechoso; en suma, abyecto.

Y su abyección tiene un signo. Quiere integrarse a la naturaleza del travesti pero su disfraz es mental. Quiere mirar a los otros, contemplar su caída, divertirse con ella, y ser a la vez actriz de esa sexualidad. Pretende convertir a los homosexuales en machos y volverse ella misma su partenaire. Se siente entonces abominable, degradada, ineficaz. Está en el filo de la navaja.

En el filo de la navaja como lo están también varios de los textos escritos ahora por mujeres. A punto de ser inmolada, de sucumbir a su curiosidad, de pagar por su pecado de abyección, Lulú es salvada por su príncipe azul. Aparece Pablo, sirenas amenazadoras en la calle y los maleantes huyen dejando un poco maltrecha a la doncella encadenada a su roca. ¿Película de James Bond? ¿Una versión renovada del mito de Andrómeda y Perseo? ¿Actuación decidida del auto invencible conducido por un moderno caballero andante? ¿Novela rosa? Dejémoslo en suspenso: Lulú está a salvo, viste otra vez sus camisitas de nena y su amante-padre-incestuoso-amigo de la familia la mima y le lleva a la cama el equivalente madrileño de chocolate con churros, café con leche y porras recién hechas.

¿De dónde nos viene esta perversión? Quizá de la mercantilización de la cultura de la que ya hablaba Benjamin y que subrayaba Pasolini, antes de que fuera asesinado ¿por haber revivido los 100 días de Sodoma de Sade? Podría quizá replantearse su pregunta, y también dejarla así, como pregunta, totalmente abierta: "En qué medida, en la inquieta dialéctica entre los 'productores' de la cultura (aquí sustituiríamos por productoras) —en cuanto bien de consumo— y los mass media, se sirven los primeros de los canales de la industria cultural, y en qué medida son objeto de goce por parte de éstos, y lo perciben?".

EL CAZADOR OCULTO

Carlos S. Menem, presidente de la República.

...o la miel que consumen (los aborígenes afectados por el cólera) cuando viene la época de las colmenas...

La mañana, ATC. 10 de febrero, 10.05 hs.

Alvaro Alsogaray, diputado nacional (UCeDé); **Graciela Alfano**, animadora.

AA: Déjeme contarle una pequeña anécdota en esta materia: en una tribu africana muy primitiva no conocían la carne asada. Entonces, cuando querían un lechoncito, lo comían crudo. Un día tenían un lechoncito en una choza y se asó el lechoncito y les gustó mucho. Y entonces cada vez que querían comer el lechoncito asado, incendiaban la choza...

GA: ¿Quiere que le diga una cosa? Lo felicito, y le voy a decir por qué: porque además del chiste ser muy bueno... Porque aquí hemos gastado a los gallegos, y los gallegos nos han llamado —lo digo con todo respeto—, usted hizo un chiste de lechoncitos conociendo ese apelativo que le han puesto en algunos... Permítame (le estrecha la mano). Eso es tener un gran sentido del humor, ingeniero.

Graciela y Andrés. ATC. 7 de febrero, 15.05 hs.

Lara Zimmerman, animadora; **Andrei**, entrenador ruso de delfines.

LZ: ¿Hablás un poquito de inglés? ¿Speak english?

A: Very little, very very little...

LZ: Yo no hablo nada, así que no voy a poder hablar con Andrei...

3.60 Todo para ver. Canal 13. 5 de febrero.

Alvaro Alsogaray, Graciela Alfano.

GA: ...Gurú... ¿Cómo le dicen? Yo sé que en algunos sectores le dicen gurú, ¿no es cierto?

AA: Esa es una infamia de María Julia.

(...)

GA: Le vamos a agradecer, ingeniero, que haya estado aquí con nosotros. Muchas gracias por aclararnos este tema, a veces tan confuso.

AA: Además, he comprobado que usted existe.

GA: ¡Aunque no se pueda creer!

Graciela y Andrés. ATC. 7 de febrero, 15.27 hs.

Lara Zimmerman.

Hoy estamos festejando en Mar del Plata el cumpleaños número 118. Por eso yo me he vestido así, acorde a la época (la fundación fue en 1874). A principios de siglo, a 1900, a 1920.

3.60 Todo para ver. Canal 13. 10 de febrero, 14.05 hs.

BALADA DEL MATERIALISTA INDIFERENTE

OSVALDO SORIANO

Se puede escribir un catálogo de la imbecilidad humana, presentarlo como novela y salir airoso? Hace más de un siglo Flaubert casi lo consigue con *Bouvard* y *Pécuchet*, pero murió en el intento. Los incansables idiotas de Flaubert, retirados en una apacible casa de campo, se habían propuesto transcribir el mundo y establecer una copia conforme sobre papel. La audacia de Flaubert resulta tolerable porque sus personajes son simpáticos y completamente inofensivos. No intentan la metáfora de una clase social sino de la condición humana y vista por un pesimista de Rouen. Pero si un siglo y diez años más tarde esos idiotas no copiaran otra cosa que su propio tedio narcisista, manejaran Wall Street, tuvieran 26 años, ganaran 190 mil dólares anuales y se creyeran dioses, entonces el lector se toparía con este extraño, escalofriante libro de Bret Easton Ellis.

Hay que decirlo enseguida: *American Psycho* es una experiencia casi insoportable. Por momentos aterradora. No se puede recomendar sin correr el riesgo de quedar mal con los amigos y sobre todo con las amigas. Pat Bateman, de 26 a 27 años durante el transcurso de la novela, es un psicópata pulcro y obsesivo, que maneja dinero en Pierce y Pierce de Wall Street, el corazón del Primer Mundo. Al contrario de Flaubert, que construyó *Bouvard* y *Pécuchet* desde el umbral de la tercera persona, Breat Easton Ellis asume la primera, el "yo", para que el lector esté más cerca del horror de eso que suele llamarse "la civilización americana".

Un espanto helado, vacío, indiferente; un pasmo de American Express y Minoxidil, de blanca y Halción, en el que no hay identidad posible. No hay más caras en tiempos de Reagan y el SIDA. Máscaras, quedan: de Armani, de Ralph Lauren, de Fair Isle, de Zegna, de Yves Saint Laurent y así al infinito. Una elegancia descerebrada que encubre la masacre de una cultura en general y de algunas personas en particular. De eso trata la novela de Ellis. Ni un alma vaga por ahí. Sólo marcas, etiquetas, precios. Cultos sublimes de la posmodernidad. La palabra ha sido procesada y masacrada y sólo quedan conjeturas idiotas, balbuceos atónitos: "Cómo ganar más y recordar menos".

¿Es posible acercarse a la nada absoluta? ¿Narrar la tortura y el crimen gratuitos sin el recurso de la ironía? Ellis prueba que sí y narra la impunidad criminal de la antiepopeya reaganista. Hay que tener un coraje y un talento raros en esta época para saltar al lugar del criminal y adoptar su punto de vista. El asesino disculpabilizado es banal, no tiene humor ni compasión.

Al principio Pat Bateman mata chicos, negros, mendigos y putas. "Soy un psicópata total", les dice a sus amigos que ni siquiera lo oyen, drogados, perdidos en una ardua discusión sobre cremas faciales y marcas de agua mineral. Mata por matar. O más explícitamente: por odio de clase. No tolera a los mendigos ni a los negros ni a los judíos ni a los gordos ni a los fumadores y mucho menos a las mujeres. Por eso hubo tanta agitación feminista cuando el libro apareció en Estados Unidos, luego de que un editor lo rechazara por temor a las demandas judiciales. Genesis le negó a Ellis el uso de sus letras en la novela y eso se entiende al leer el capítulo que lleva el nombre de la banda. El yuppie detesta a Peter Gabriel pero entra en éxtasis cuando escucha a la imposible Whitney Houston ("un talento triunfante y abrumador"). A esa altura está claro que Ellis se interesa "por el lado oscuro de los personajes" pero es imposible encontrar en el realto el otro, el de luz, tema paradigmático en Hemingway y Faulkner, aludidos aquí y allá, convertidos en puntos, comas y signos de interrogación. Alusiones y usos de personajes en desuso: el yuppie McCoy sale de *La hoguera de las vanidades*, de Tom Wolfe; las mujeres que Bateman conoce una noche en *Nell's* —Daisy, Libbi, Caron—, son las mismas de la última novela de Jay McInerney.

La crítica de Estados Unidos no comprendió o no toleró el libro, aunque eso era previsible: "Y mientras las cosas se caían a pedazos nadie prestaba mucha atención", dice una de las citas que abren esta autopsia de los años ochenta. El diario *Il Manifesto*, de Italia, comenta que "los zombies de Ellis caminan por una jungla que comienza en Wall Street y termina en Manhattan, evitando aquellas que suelen ser consideradas las verdaderas *junglas* de New York: Harlem y el Bronx. (Los personajes) son todos de raza blanca, mejor aún: blanca anglosajona y protestante, descendientes directos de los fundadores de la nación, depositarios de los valores que identifican el éxito con la predestinación divina".

Esos chicos son "gentes que surgieron y no tenían más remedio que surgir en nuestro ambiente", según dice la cita de Dostoievski elegida por Ellis. En el reportaje de Windom Earle, reproducido por *Ajoblanco*, Ellis responde a la incomprensión americana: "*American Psycho* por su antimaterialismo visceral, es un libro tan izquierdista que incluso merecería el calificativo de marxista. Por eso me sorprende que haya molestado tanto a la izquierda. Condena todo lo que la izquierda condenó siempre. *American Psycho* ha molestado a la derecha y a la izquierda, ha sido destrozado desde ambos frentes".

Menos que cero (1986) y *Las leyes de la atracción* (1988) anunciaban la aparición de un escritor inclasificable y absolutamente original. Un provocador en la década del conformismo. "Por temperamento, un escritor se ve empujado a hacer cosas que no podrá reparar", escribió Scott Fitzgerald en plena caída. Y es posible que Ellis, después del inmenso triunfo de su primera novela (seis millones de ejemplares) publicada a los 21 años, haya cometido ahora lo irreparable: disparar contra el empalagoso sistema de hipocresía y cinismo intelectual que ha ganado al Primer Mundo y sus imitadores.

En *American Psycho* hay capítulos que superan toda crueldad conocida. Sin embargo los pasajes de tortura y crimen tienen el mismo tono monocorde y hastiado que los que describen interminables comidas, ropa, modelos de videocaseteras, vibradores, equipos de audio y todo lo que importa en la vida de un hombre criado por la "revolución posindustrial". Henri-Désiré Landrú, a principios de siglo, quemaba en una cocina a leña a las mujeres que asesinaba y si lo guillotinaron fue por su manía de poner todo por escrito. Bateman, en cambio, las corta en pedazos con la herramienta de su tiempo, la Black & Decker, y guarda los trozos en un freezer de última generación. No le importa dejar huellas y una confesión *grabada:* nadie quiere ver ni saber; el crimen está en otra parte, entre negros y pobres, donde el imaginario de la sociedad lo ha puesto para siempre.

Los correlatos del crimen son la indiferencia, la imbecilidad y la ignorancia como valores aceptados. Legítimos y defendibles. El Upper East Side de Manhattan finge que el mundo es una fiesta y la juventud puede ser eterna cuando hay "dinero y fama". La preocupación es "no parecer mayor". Los yuppies de Ellis no han llegado todavía al cinismo ideológico del héroe de *Wall Street*, de Oliver Stone, que ya era "mayor" y valía cien millones de dólares. A su manera son pobres chicos que ven el mundo desde las páginas del *USA Today* y se aburren soberanamente con el *Washington Post*. Tipos que han descubierto en la soledad de sus torres blindadas que la pornografía es más simple y excitante que el sexo. En la fatigante asimilación sexo-crimen, Pat Bateman no es para nada ajeno al Apollinaire de *Les onze mille verges*.

"Con todo —se dice Pat Bateman—, todavía me aferro a una sencilla y triste verdad: nadie está a salvo, nadie se ha redimido. Sin embargo, yo soy inocente. Debe asegurarse que cada modelo de conducta humana tiene cierta validez. ¿Es el mal algo que uno es? ¿O es algo que uno hace? Mi dolor es constante e intenso y no espero que haya un mundo mejor para nadie. De hecho, quiero que mi dolor les sea infligido a otros. No quiero que nadie escape. Pero incluso después de admitir esto (...) y de encarar estas verdades, no hay catarsis. No consigo un conocimiento más profundo de mí mismo, no se puede extraer ninguna comprensión nueva de lo que digo. Esta confesión no significa *nada*."

Nada. Un expresionismo abstracto y deliberadamente tedioso. "Sencillamente, yo no estoy aquí", dice el narrador. 468 páginas recorridas por el eco de *Les Miserables*, alusión al musical de Broadway a Victor Hugo. Hasta que el lector acepta la regla de juego o tira la novela a la basura. Si la acepta comprenderá que a medida que avanza el relato Bateman equivoque los nombres de sus amigos (todos esos yuppies se visten igual y tienen la misma edad), los intercambie y termine por lograr que ellos lo confundan a él con otro idéntico al conjunto.

Sólo una cara se describe en el relato: la de un pordiosero que será asesinado por Bateman. Los mendigos lo sacan de quicio. Le impiden pensar en el nivel exacto de frío que necesita la Diet Pepsi. Pero a veces tiene un arranque de bondad. Cuando encuentra en la calle a un estudiante que lee a Sartre, le tira una limosna en el vaso de plástico. "Buena suerte", le dice. Y no hay ironía. Otro yuppie quema un billete de cinco dólares delante de un infeliz que lleva el letrero *Tengo hambre y estoy sin casa por favor ayúdeme*. Entonces el lector comprende que las torturas y los asesinatos son lo de menos, una reescritura del peor cine de David Lynch y de los fabricantes del moderno cuento de hadas.

Ellis (27 años, de Los Angeles) consigue el *tour de force* de su generación: pintar el comportamiento de una clase miserable en una década ignominiosa. *American Psycho* es a los años ochenta neoyorquinos lo que *El cazador oculto*, de Salinger o *Cuento de hadas en Nueva York*, de J.P. Donleavy, a los exultantes, trágicos y enterrados sesenta. Para eso había que descender al subsuelo de la idiotez y encontrar allí almas henchidas de vanidad. El narrador es perverso como su tiempo y por lo tanto su escritura es perversa. "Mis personajes son, en definitiva, personas que no me gustan nada", dice Ellis.

Hedonistas de manicura y *coiffeurs* que entre uno y otro restaurante cenan un tazón de avena, salvado con germen de trigo y leche de soja. Para "no parecer mayor" porque el tiempo se mide en *bytes*. Uno de esos chicos alelados por la televisión anuncia en una conversación que "nos encontramos cerca del trescientos aniversario de la primera travesía de Colón en 1590".

Si el lector ha llegado a la página 440 encontrará en estas líneas desesperadas un indicio —apenas uno de tantos—, para comprender a una generación norteamericana —y de otras partes—, que se resignó a elegir entre el cero y la nada de la "revolución conservadora":

"Nada era afirmativo, el término 'generosidad de espíritu' no se aplicaba a nada, era un tópico, era una especie de chiste malo. El sexo es matemáticas. La individualidad ya no es una opción. ¿Qué significa la inteligencia? No tiene sentido tratar de definir lo que es la razón, el deseo. La justicia ha muerto. Miedo, recriminación, inocencia, simpatía, culpabilidad, fracaso, dolor, eran cosas, emociones, que ya nadie sentía de verdad. La reflexión es inútil, el mundo no tiene sentido. Lo único que permanece es el mal. Dios ya no está vivo. No se puede confiar en el amor. Superficie. Superficie: era lo único en lo que se encontraba un significado".

Y Bateman piensa a fines de los ochenta, mientras mira (sin verla realmente) la transmisión del mando de Reagan a Bush, que va a inaugurar los años noventa: *Me siento hecho una mierda, pero tengo un aspecto excelente.*

